

**“UN SOLO CORAZÓN:
CAMINAR JUNTOS EN LA IGLESIA
DESDE EL CORAZÓN DE CRISTO”**

*“Y perseveraban
en la enseñanza de los apóstoles”*

(Hechos de los apóstoles 2, 42-47)

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES

Arzobispo de Toledo

Encuentro Nacional de la RMOP
Madrid, 13 de septiembre de 2022

Volver a las fuentes de la Palabra de Dios y de la Doctrina de la Iglesia a través de la enseñanza de los apóstoles, es la auténtica renovación. No podemos vivir “la conversión pastoral” si no nos ponemos a la escucha de la Palabra de Dios en el testimonio de la tradición apostólica.

Nunca ha sido fácil perseverar. Es necesario que los seguidores de Jesús nos lo creamos y seamos capaces de transmitir el gozo y la alegría del Evangelio. No es cuestión sólo de ver la realidad, es necesario alentar la solución por donde nos conduce el Espíritu Santo con sus Pastores. Todo el pueblo de Dios está llamado a la preservación, en lo esencial, de los apóstoles, en los testigos que “han comido y bebido con Cristo resucitado” Es necesario coger la antorcha en la Iglesia que nos ha tocado vivir como don y tarea y lanzarnos a los que hoy nos pide la Iglesia como respuesta a los retos de evangelización.

En la comunión

Tener un solo corazón, el milagro de la comunión siempre ha sido la asignatura pendiente de los seguidores de Jesús. Es necesario volver una y otra vez a la alegría del cenáculo de Pentecostés con María para salir unidos a los caminos para

proclamar la Buena Noticia del Evangelio. No nos podemos quedar en lamentaciones o en diagnósticos que nos dejen cómodamente cruzados de brazos y retirados a los cuarteles de invierno con la que “está cayendo”.

La auténtica comunión no se realiza más que en la “intimidad itinerante” que habla el Papa Francisco. Tener un solo corazón exige unirnos al Corazón Vivo de Cristo y a penetrar en las entrañas de los otros. No hay comunión sin ternura y sin compasión. Es necesario volver al cenáculo una y otra vez y salir a los caminos una y otra vez para ayudar a todos los que viven en todos los que viven en todas las periferias existenciales de la humanidad. No hay comunión sin compasión, sin identificarnos con los “sentimientos de Cristo” y con la humildad del que sabe escuchar al hermano.

En la fracción del pan

La Eucaristía se llamó en los primeros siglos del cristianismo “la fracción del pan”. No se entiende la Eucaristía sin el gozo y la alegría de saber y saborear que Cristo, Pan partido, por la vida del mundo. No existe auténtica y duradera comunión sin la Eucaristía. Estamos construyendo la comunión sobre nuestro propio yo, sobre nuestros propios

proyectos y genialidades humanas tan pobres y efímeras como nuestra humanidad. Es necesario volver a descubrir la Eucaristía como la verdadera comunión con Cristo y con los hermanos. Es preciso buscar en el pan partido y la sangre derramada la auténtica comunidad que no se realiza sin la comunión, que nos hace construir la nueva humanidad. Sin Eucaristía no se construye la Iglesia ni la auténtica comunidad. Es preciso volver a descubrir “la fracción del pan” que nos ayudará a curar todas las heridas que deja la vida y que tiene mucho que ver con los que están rotos y heridos en el camino de la vida.

Y en la oración

Sin la dimensión teológica de nuestra vida, sin la oración, somos estériles y no podemos evangelizar. Es necesario volver al cenáculo, a perseverar orando “con María y otras mujeres” (Hechos, 1, 14) con toda la Iglesia que quiere ser fiel al mandato de su Señor.

Perseverar en la oración, es decir en el encuentro con Cristo Vivo y resucitado. Transformar una Diócesis, una comunidad parroquial, una vida. Santa Teresa de Jesús llega a afirmar que sólo los

que rezan llegan a buen puerto, lo demás es fácil que se pierda en el mar embravecido de la vida.

La Iglesia que, convocada por Jesús, con la fuerza del Espíritu Santo vuelve una y otra vez al cenáculo en oración, donde nos encontramos con el Resucitado en la Eucaristía, con Pedro y los apóstoles, con María y la comunidad naciente, con el testimonio de Jesús de Jesús a los pies de la humanidad no puede llegar más lejos “Sin mí nada podéis hacer”. Sin embargo, llegaremos hasta los confines de la tierra cuando en la oración nos experimentamos amados por el Padre y lanzados a construir un mundo de hermanos.

Todo el mundo estaba impresionado

La Iglesia cuando vive, como nos dice el Papa Francisco, en coherencia con el Evangelio y “con los sentimientos del Corazón de Cristo” es capaz de provocar el asombro, la comprensión entre los que luego van a decir de los primeros cristianos: “mirad cómo se aman” ¿Se puede afirmar hoy esto de nosotros? ¿No estaremos demasiado preocupados por lo que Henri de Lubac en sus Meditaciones sobre la Iglesia habla de la “autorreferencialidad”? En el fondo es pasarse la vida “mirando el ombligo” sin salir a las periferias existenciales y geográficas

donde el mundo se muere de hambre y sed de amor
¿Se puede hoy vivir en los cuarteles de invierno
mientras pasan las dificultades? ¿No es bueno que
la Iglesia se tome en serio lo que el Papa Francisco
llama una contemplación itinerante, una oración
que nos lleve a la vida (Pentecostés) y una vida que
nos lleva a la oración en el cenáculo?

Al mundo le impacta y asombra cuando los
cristianos como Moisés bajamos del monte Sinaí
transformado el semblante y el corazón.

Y los apóstoles hacían muchos prodigios y signos

La comunión con los apóstoles, con Pedro realiza
muchos prodigios y signos. Cuando no somos
capaces de vivir el milagro de la comunión, lo
primero que desaparece es la fecundidad y aparece
la esterilidad. Cuando no somos capaces de la
unidad “para que el mundo crea”, todo lo que
hagamos y digamos está envuelto en el escándalo
de nuestras contiendas y divisiones.

La Iglesia nace en el cenáculo unida con la oración
de Jesús “Que todos sean uno para que el mundo
crea” (Cfr. Jn, 17). El mayor prodigio y signo es
mantener la unidad en la verdad y en el Amor.
Después del escándalo de la cruz, el sufrimiento ha
dividido los corazones con la amargura de los

decepcionados “Nosotros esperábamos” (Cfr. Lc. 24) Sin embargo el volver al cenáculo, el anuncio, el kerigma que la comunión con la Iglesia le mueve a transformar el corazón “Cristo ha resucitado y se ha aparecido a Simón” Toda nuestra vida debe ser un vivir y un apostar por la unidad del corazón que tiene a Jesús como centro en la Eucaristía y en la vida.

Los creyentes vivían todos unidos

Del cenáculo al lanzamiento a los caminos para anunciar la fiesta, la nueva vida, que es la que se vive en Pentecostés no se puede dar si los creyentes no vivimos unidos.

La unidad es un don, no sólo una conquista de inteligencia. Es un don y siempre una tarea. ¡Es tan frágil! ¿Por qué los creyentes vivían todos unidos? Porque saben que han salido del proyecto del Corazón de Cristo. No hay unidad sin oración, sin los apóstoles, sin poner a Jesús en medio, sin la profunda vivencia de la caridad. Vivir los creyentes unidos exige un morir a los propios egoísmos, a nuestros deseos de aplastar a los que no piensan como yo. No es fácil un camino donde sólo la humildad nos puede hacer recorrer Kilómetros unidos en el amor de Dios Padre, la gracia de

nuestro señor Jesucristo y la comunión del Espíritu Santo. Siempre la tarea y el don deben expresarse en la búsqueda juntos de la comunión.

Y tenían todo en común

La famosa carta a Diogneto explica qué significa que los cristianos lo tienen todo en común. Viene a afirmar que comparten los bienes y son como el alma en el cuerpo, es decir todos los lugares donde habitan son su patria y siempre viven en su patria con la convicción de que son peregrinos de lo Absoluto, de una tierra prometida más allá de todo lo terreno.

Al presentar a los cristianos como que todo lo tenían en común expresa que detrás de una espiritualidad de comunión, es decir, de saber que lo que no se comparte se acaba muriendo y desapareciendo en el corazón. Tenían todo en común es siempre el ideal por el cual se lucha y ha dado lugar a tantos caminos en la Iglesia de vida en común, de comunidades que tratan de vivir la radicalidad del seguimiento de Cristo, compartiendo la oración, la comida y la vida fraternal, con el deseo de ser expresión de la llamada de Jesús a vivir la fraternidad para la evangelización del pueblo.

Vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos según la necesidad de cada uno.

Una comunidad de cristianos que viven este deseo del testamento de Jesús que sean uno y que compartamos con los más necesitados, como dice un Prefacio de Cuaresma: “imitando así tu generosidad”. La novedad se encuentra en la fuerza que da el Espíritu Santo para que no prevalezca el egoísmo sino la caridad en todos los cristianos que deben aprender a compartir “en las duras y en las maduras”.

Este tema será tratado en otros momentos en la carta de Santiago donde se habla de que no podemos olvidar al hermano necesitado y no prestarle nuestra generosa ayuda, sólo en la medida en que nuestra vida se hace auténticamente cristiana se hace caridad hacia los necesitados ¿Cómo podemos decir que llevamos a Jesús en el corazón y olvidarnos de sus miembros más necesitados, los pobres? Tenemos que volver una y otra vez a este texto si queremos vivir una Iglesia samaritana y al servicio de los más necesitados y ¿cómo podemos hacerlo sin vender y compartir los bienes?

Con perseverancia acudían a diario al templo con un mismo espíritu

Resuena en estos momentos aquel salmo del israelita piadoso cuando acudía al Templo: “Qué alegría cuando me dijeron vamos a la casa del Señor, ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén”.

Acudir diariamente al Templo con un mismo corazón exige que día a día nos estemos convirtiendo. Estamos cambiando de mentalidad para volver a la fuente de agua viva del Corazón de Cristo. Cristo es el Nuevo Templo donde “habita en plenitud la divinidad”. Él nos ha hecho la única promesa que le compromete su Buen Corazón: “Venid a Mí todos los cansados y agobiados y Yo os aliviaré. Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón y encontraréis vuestro descanso, porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera” (Mt. 11). Ser perseverante cada día es saber que nos hemos tomado en serio el seguimiento de Cristo en nuestra vida. El acudir al templo, a Cristo es saber una y otra vez que nuestro estilo de vida cristiana pasa siempre por contemplar a Cristo, como Templo del Amor de Dios.

Partían el pan en las casas

Se habla de una vida de familia. La fracción del pan, que así se llama también la Eucaristía desde los primeros momentos del cristianismo expresan que lo que ya dijeron los primeros cristianos y que ojalá fuese la máxima de nuestra vida. “No podemos vivir sin la Eucaristía”. En el fondo la Eucaristía está presente ya desde los primeros momentos, instituida por Jesús, en la vida familiar de la comunidad cristiana. En el fondo, como nos recuerda el Vaticano II es el centro y la cumbre de la vida cristiana. Es hermoso pensar que sólo desde la Eucaristía se puede dar el verdadero compartir en familia y con los pobres. Sin la fuerza y la ayuda del Señor acabamos volviendo a nuestro egoísmo de siempre. Es necesario apostar por las “fracción del pan”, por la Eucaristía como lo que verdaderamente construye la familia cristiana. Donde no se celebra, se comulga o se adora la Eucaristía se acaba perdiendo todo el dinamismo de la vida cristiana y enfriándose el amor.

Y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón.

La alegría y la sencillez será el estilo, el perfil del cristiano de siempre. Compartir los alimentos, compartir todas las cosas de la vida exige un corazón sencillo que dé como fruto la alegría. El

Papa Francisco nos convoca con el Evangelio a la alegría de nuestras verdaderas raíces. Probablemente no se pueda ni descubrir ni vivir con una profunda vuelta a la unión con Cristo, a la oración, a la vida eucarística, a la experiencia del perdón de los pecados. No seremos capaces de vivir la sencillez que se manifiesta hasta en el comer, hasta en el diálogo. Sin nuestra mirada no se vive en el asombro del que se descubre amado por el Padre y llamado a construir fraternidad. Volver una y otra vez al Evangelio exige de nosotros la sencillez del corazón porque el Señor sólo se manifiesta no “a los retorcidos y complicados sino a los que no exigen pruebas, o mejor dicho, viven en la prueba de la sencillez y de la alegría compartida. El retrato de los primeros cristianos nos ayuda a vivir “en el aire” de Jesús de Nazaret-

Alababan a Dios y eran bien vistos de todo el pueblo

Alabar a Dios es la clave de estar vivos y de ser feliz como dice un salmo: “los vivos, los vivos son los que te alaban, Señor de los Ejércitos” La alabanza a Dios que expresa la gratitud del corazón humano que exulta de gozo ante tanta maravilla. “Señor, Dios nuestro ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra (Salmo 8) Sin alabanza podemos caer en el peligro de un cristiano ·de puertas cerradas”, y no es el gozo y la alegría de un cristiano, como lo expresa Jesús con su Corazón abierto en la cruz (Cfr Jn. 19). Quizás los primeros cristianos sufren de una

manera cruel y sangrienta la persecución y el martirio. Sin embargo, en medio de todo también existen ráfagas de que la gente de “buena voluntad”, también valora y ve con buenos ojos aquel nuevo camino que levanta no pocas sospechas. Tendrá que descubrir en un largo proceso que no es cuestión de vencer sino de convencer y que convenciendo es como somos fecundos.

Y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando.

La Iglesia tiene que ser “un recinto de libertad, de justicia, de paz” para que todos encuentren en ella motivos para seguir esperando (Plegaria Eucarística V). Dice San Agustín y recoge el Concilio Vaticano II que “no existe salvación fuera de la Iglesia”, esposa de Cristo, familia de Dios, pueblo de los salvados, cuerpo de Cristo, Viña fecunda. Ya se vive esta experiencia en el amanecer de la Iglesia. La Iglesia, los que son convocados que viven la vocación que arranca del bautismo, despliega la caridad de Cristo, se hace realidad y vida en la medida en que acogemos y salimos a los caminos anunciando la Buena Noticia de invitar a la fiesta del Amor de Dios sólo cuando somos capaces de transmitir el Amor de Jesús a todos, sin excepción de razas y exclusión de clases sociales, sin divisiones extrañas, estamos construyendo la Comunidad de seguidores y alejados de Dios. La Iglesia es sinodal cuando ama y llama a caminar juntos con un solo corazón, el de Cristo.



A.M.D.G.